

CAMINOS DE AUTONOMÍA BAJO LA TORMENTA *

Argumento en este ensayo que el fin de la era del desarrollo y el del ciclo de gobiernos progresistas dio lugar, particularmente en la América Latina, a la consolidación y florecimiento de empeños autonómicos que se habían estado formando en la base social. Sostengo que no sólo son fuente de esperanza e inspiración para los descontentos, sino que forman ya el “mundo otro en movimiento”, por usar la pertinente expresión de Raúl Zibechi (2017), y toman la forma de una insurrección.

El fin del desarrollo

El obituario del desarrollo que escribimos hace 25 años, con Wolfgang Sachs como editor, fue oportuno y riguroso (1992). Contra lo que puede pensarse y lo que el propio Sachs escribió en 2010, para una nueva edición del *Diccionario del Desarrollo*, la empresa murió entonces, en los años ochenta. El cadáver apesta, aunque lo sigan exhibiendo los gobiernos, las instituciones internacionales y algunos académicos despistados.

En los años cuarenta, al terminar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos era una formidable máquina productiva y en medio de la devastación que la guerra había dejado en el mundo entero adquirió una hegemonía indiscutible, reconocida en todas las instituciones de la época. En esa década, Hollywood se ocupaba de diseminar por el mundo entero, en la nueva forma de entretenimiento que atrapaba la atención general, imágenes del *American Way of Life* que lo presentaban como lo más cercano al paraíso. Con esos dos elementos se constituyó la empresa del desarrollo. Al anunciarla en su discurso de toma de posesión el 20 de enero de 1949, el presidente Truman presentó un emblema –el desarrollo– que intentaba dar estabilidad y permanencia a la hegemonía de Estados Unidos al convertir su manera idealizada de existencia social en una especie de definición universal de la buena vida. El emblema tuvo enorme éxito. Atrapó la fantasía

* Versión editada de mi intervención en la sesión plenaria sobre culturas, el 5 de septiembre de 2018, de la Primera Conferencia Norte-Sur sobre Descrecimiento, ciudad de México, 3-6 de septiembre de 2018.

general, no sólo la de los dirigentes. Quedó abierta la carrera para dar realidad material general a ese ideal de vida, que fue adoptado incluso por los anti-yanquis.

Nadie puede pretender seriamente, en la actualidad, que la hegemonía norteamericana de los años cuarenta sigue vigente en la actualidad, al menos en sus términos originales, o que se mantiene aún abierta la carrera universal para vivir a la manera norteamericana. La empresa causó inmensa devastación en el mundo entero y particularmente en las áreas “subdesarrolladas” y se extinguió en los años ochenta. El fin de la guerra fría en 1989, anunciada por Truman en el mismo discurso en que acuñó políticamente la palabra ‘subdesarrollo’, puede considerarse con justeza la fecha del funeral.

Como desarrollo significa en la actualidad cualquier cosa, lo mismo levantar rascacielos que construir letrinas, perforar pozos de petróleo lo mismo que de agua, es un concepto de un vacío monumental (...) Es testimonio del poder de las ideas que un concepto tan vacío haya podido dominar el debate público por medio siglo (Alloo et al 2007).

Estas frases de Wolfgang Sachs ilustran bien el estado de cosas. La palabra ‘desarrollo’ sigue empleándose sin inhibiciones, a pesar de su vacío conceptual y de que se ha vuelto enteramente imposible darle definición precisa con algún sentido de realidad. Se apela a sus connotaciones, que para buena parte de la gente en el mundo implican subordinación al conocimiento experto y a las burocracias.

Desde los años setenta se hizo claro que era enteramente inviable adoptar el ideal norteamericano de vida; cinco planetas no bastarían si se intentara que toda la población del mundo tuviera el mismo consumo de energía por persona que los norteamericanos. Aunque las advertencias del Club de Roma en 1972 no eliminaron la obsesión por el crecimiento económico, quedó claro que la empresa del desarrollo debía ajustarse más bien al Enfoque de Necesidades Básicas propuesto por la OIT en 1976. No hubo acuerdo mundial sobre la definición de las necesidades que debían ser atendidas, pero su satisfacción se convirtió en el objetivo general explícito de los gobiernos y las instituciones internacionales en el mundo entero. A esta noción, no al ideal de vida

norteamericano, se ajustan actualmente las políticas gubernamentales y los “objetivos del milenio” de Naciones Unidas.

En la de 1980, que se consideró “la década perdida para el desarrollo en la América Latina”, quedó claro que las promesas de Truman no se cumplirían y que en vez de cierta igualación mundial se producía lo contrario: en 1960 los países ricos eran 20 veces más ricos que los pobres; 20 años después, eran 42 veces más ricos. Era evidente que el desarrollo era muy buen negocio para los ricos y pésimo para los pobres. Dentro de cada país, la empresa profundizaba la desigualdad. Como se observó en Habitat III, la conferencia de Naciones Unidas, en Quito, en 2016, se pensaba que el desarrollo era como una marea que elevaba todos los botes; ahora se sabe que sólo eleva los yates.

La conciencia de la perspectiva produjo rabia y frustración. En muchos casos, la reacción individualista llevó a adoptar en lo personal el ideal norteamericano de vida, dentro de un contexto de ‘subdesarrollo’, y tanto las elites como amplias capas de la población hicieron suyos los patrones consumistas del Norte desarrollado. Pero también fue la oportunidad descubrir que aún existían definiciones propias de las maneras de vivir bien, que eran enteramente viables.

En América Latina navegamos desde los años ochenta las procelosas aguas del posdesarrollo, tratando de nuevo de tomar nuestro propio camino. Muchas y muchos tratan aún de acomodarse dentro del régimen dominante, pero aún más estamos trabajando seriamente en la construcción de un mundo en que quepan muchos mundos, más allá del patriarcado, el capitalismo, el estado-nación y la democracia.

Los “gobiernos progresistas”: el fin de un ciclo

Lleno de orgullo, siendo presidente de Brasil, Lula señaló: “Un obrero metalúrgico está produciendo la mayor capitalización de la historia del capitalismo” (*Proceso*, 1770, 3/10/2010). Consideraba que sus política era “todo lo que la izquierda había soñado” (*La Jornada*, 3/10/2010), pero al mismo tiempo señaló que si a los sesenta años uno sigue actuando como izquierda necesita al psiquiatra. El muy marxista vice-presidente de Bolivia, Alvaro García-Linera, declaró abiertamente, en una visita reciente a México, que su gobierno estaba

promoviendo el capitalismo, pero la diferencia estaba en que ahora buena parte de la plusvalía se distribuía entre la gente.

En todo el continente, fuerzas “progresistas” están celebrando programas diseñados por el Banco Mundial para aliviar la pobreza extrema, mediante asignaciones mensuales a pobres individualizados. Lula estaba sumamente orgulloso de que en su gobierno 36 millones de brasileños se habían incorporado a la clase media. La izquierda apoyó abiertamente su Programa de Desarrollo Acelerado y su alianza con capitalistas y corporaciones.

Algo semejante pasa actualmente con Andrés Manuel López Obrador, el presidente electo de México. Designó como jefe de gabinete a un rico empresario, que fue banquero de Pinochet. Nombró Secretario de Agricultura a una persona a la que llamaban “el hombre Monsanto” cuando fue diputado. Las corporaciones y los banqueros aplauden sus políticas y algunos de los megaproyectos que ha anunciado dejarán abultadas ganancias para unos cuantos y devastación para el ambiente y la gente. Muchas fuerzas políticas y analistas celebran su victoria electoral como signo claro de que un nuevo giro a la izquierda se está produciendo en la región. El hecho de que nunca se haya pronunciado contra el capitalismo rara vez de menciona.

Tras la victoria electoral de Hugo Chávez en 1998 y el arribo posterior de varios gobiernos alineados en la izquierda, se extendió la creencia de que se produciría en América Latina un cambio social profundo. Este grupo de gobiernos “progresistas”, sin embargo, no cumplió lo que parecía su promesa. La más seria acusación que se ha formulado contra ellos es la corrupción generalizada¹, pero también se han formulado muy serias objeciones por sus alianzas con fuerzas muy conservadoras e incluso reaccionarias, su centralización y paternalismo, su desarrollismo extractivista dogmático y su traición a los propósitos originales. (Ver Miriam Lang 2017 para un intento serio de derivar las lecciones pertinentes de la experiencia que considera una “apuesta de izquierda”).

Lo que parece caracterizar el estado de ánimo en América Latina no es otro intento de “progresivismo” en los gobiernos. Más que nuevos movimientos sociales

o la renovación de los anteriores, tenemos “el otro mundo en movimiento”, como ha observado con acierto Raúl Zibechi (2017).

La tormenta

La tormenta que previeron los zapatistas resultó mucho peor de lo que esperábamos. Resultó, literalmente, mortal. La nueva clase social que tomó nombre en los años noventa, con los propios zapatistas, la clase de los desechables, la de aquellos que el capital no usará ni ahora ni nunca, está sufriendo los embates más graves. Los desechables están siendo desechados. Se multiplica todos los días la obscena contabilidad de muertos que se combina con la de secuestrados y desaparecidos, muchos de los cuales viven condenados a una vida insoportable como esclavos o sicarios, y a todas y todos los reducidos a un proceso de lenta agonía bajo condiciones insoportables.

Ha sido preciso resistir, hacer todo lo posible para detener la ola de despojo. El fin del capitalismo no resultó buena noticia. No fue la suave extinción que pronosticó Keynes para 2010 ni el lento proceso que sigue anticipando Wallerstein, para quien la fase terminal del capitalismo empezó en 1968 pero podría durar otros cien años. Fue el deslizamiento a la barbarie, como anticipó Anselm Jappe (2011). El modo de producción capitalista se convirtió en modo de despojo.

El capitalismo nació del despojo. La palabra privada, en la expresión propiedad privada, viene de privar, de saquear, de agandallarse lo que el otro tiene. Nació con el famoso cercamiento de los ámbitos de comunidad, que crearon a la moderna persona necesitada. Quienes nada necesitaban, acomodados en su subsistencia autónoma, empezaron a necesitarlo todo: comida, techo, educación, salud, y sobre todo empleo: sólo pudieron subsistir en su nueva condición, al servicio del capital. Se llamó por eso acumulación originaria: el despojo se convertía en capital, le daba origen.

El despojo nunca se detuvo, es inherente al modo de ser capitalista. Pero el salvaje despojo que hoy enfrentamos es una novedad: ya no puede convertirse en capital. El extractivismo, como le llamamos en América Latina, que es minero, financiero, urbano, agrícola y laboral, la ola de despojo que extrae cuanto puede, materiales y bienes lo

mismo que derechos y condiciones de vida, la ola que genera acumulación sin precedentes, no es acumulación originaria ni ampliada, no es ya acumulación de capital.

Como todas y todos sabemos, aunque no siempre queramos reconocerlo, estamos ante la catástrofe de un patriarcalismo exacerbado, en el cual el odio a la vida que caracterizó siempre al patriarcado se hace sistema y arrasa todo a su paso. (Von Werlhof 2010) La devastación natural pone en riesgo la supervivencia de la vida en el planeta; la destrucción de la capa de ozono, realizada por la geoingeniería militar, no es ya imagen falsa de una teoría de la conspiración sino un dato realista que apenas toman en cuenta hasta los ambientalistas más radicales. (Bertell 2018). Enfrentamos, además, el desgarramiento del tejido social y la inmensa destrucción cultural en que el despojo profundiza lo que ya había hecho el capitalismo. No sólo está en riesgo la supervivencia de una vida civilizada, sino la de la propia especie humana.

Millones de personas realizan en todas partes un enorme esfuerzo para resistir. Recurren a todos los recursos existentes para detener el horror. Saben que se ha desmantelado el estado de derecho, que en el estado de excepción que hoy prevalece la ley se emplea para establecer la ilegalidad y garantizar la impunidad por los crímenes cotidianos. Aún así, recurren a los procedimientos jurídicos existentes y logran de vez en cuando alguna victoria. Del mismo modo, reconocen cada vez más que el estado-nación ha sido desmantelado, que los cuerpos macro-nacionales no pueden realizar las funciones que ese diseño tenía y que los nacionalismos actuales tienen una fuerte inclinación fascista. Se les hace evidente, igualmente, la naturaleza despótica, racista y sexista que siempre tuvo la democracia, nacida en dos sociedades con esclavos, Grecia y Estados Unidos, en manos de varones misóginos y guerreros. Sí, saben que el estado-nación democrático fue la forma política del capitalismo pero ha sido desmantelado para forjar la era del despojo. Aún así recurren a las instituciones existentes, apelan a las ilusiones democráticas y piensan que los aparatos estatales podridos pueden todavía usarse contra el horror y tienen alguna posibilidad de reforma. Hay incluso quienes siguen pensando que apoderarse de esos aparatos es la condición de todo cambio relevante, de toda revolución.

No quiero descalificar todos esos empeños. A veces nos confunden mucho. ¿Qué hacer, por ejemplo, cuando tres millones de obreros españoles marchan para decir que hay algo peor que ser explotado por el capitalismo: no ser explotado por el capitalismo? ¿que quieren de nuevo sus cadenas, que no pueden sobrevivir sin empleos –esos empleos, por cierto, que ya no va a haber? ¿Qué hacer cuando el muy marxista vicepresidente de Bolivia nos dice que es cierto que han reforzado estructuras del capitalismo, incluso del transnacional, pero que ahora la plusvalía se está repartiendo entre la gente? ¿qué sólo así pueden aprovechar sus enormes reservas de litio? ¿Qué hacer cuando se nos dice que el pueblo tomó al fin el poder, en México, porque una vigorosa minoría definió el partido que dominará el poder legislativo y el ejecutivo y una minoría exigua tomará en su nombre todas las decisiones importantes?

Otras veces nos dividen. En México hay ya por lo menos tres grandes grupos, aquí abajo, entre nosotros, aparte de los que existen arriba. Cierta número de millones, no tan grande como se piensa, creen que ha llegado el mesías y que es hora de seguirlo y esperar las bendiciones que derramará sobre todos. Otros millones reconocen las limitaciones de la circunstancia, de los propios aparatos y de quienes están llegando, pero consideran que se ha abierto una ventana de oportunidad y que es preciso reconocer la complejidad del momento y aprovechar todas las aperturas que el nuevo gobierno ofrecerá. Y hay finalmente otros millones, más de lo que se piensan, algunos de los cuales contribuyeron a la liquidación del viejo régimen y hasta votaron contra él, que se sienten amenazadas y amenazados por el nuevo, el cual, aunque se vista de seda, sólo estaría calzando zapatos que no son los suyos para prolongar el despotismo de un diseño patriarcal y capitalista.

A pesar de este tono crudo e irónico con el que hablo, no quiero descalificar todos esos empeños. Ha quedado atrás la era de los dogmas y los caminos únicos. Sólo quiero pintar claramente una raya. Hemos muchas y muchos que abandonamos todas esas creencias y en medio de la tormenta hemos estado transitando por los caminos de la autonomía, en la construcción de un mundo nuevo.

Hace medio siglo Iván Illich nos advirtió que el empeño prometeico, ese empeño que a partir de la segunda guerra mundial tomó la forma del desarrollo y el

crecimiento, ese empeño ha eclipsado la esperanza. La supervivencia de la especie humana depende de descubrirla como fuerza social. (1974: 146). Tenía razón. De eso se trata. No sólo es descubrirla, abandonando todas las expectativas prometeicas del crecimiento y el desarrollo. No sólo es abrirla, para evitar que se congele. Es convertirla en fuerza social. Y la autonomía es sobre todo el arte de organizar la esperanza (Dinerstein 2015).

Los caminos autonómicos

...la sabiduría consiste en el arte de descubrir, por detrás del dolor, la esperanza.

Subcomandante Insurgente Marcos (Mayo 1996)

Como forma de resistencia, la autonomía viene de muy lejos. Sería colonizar el pasado poner esa etiqueta sobre las luchas de resistencia a los procesos de colonización, pero es evidente que tenían un carácter autonómico en el sentido que hoy damos a la palabra y que las luchas actuales de los pueblos originarios se inscriben en esa tradición. La palabra autonomía adquirió en los años veinte del siglo XX una significación especial en México cuando se empleó para reivindicar la de la universidad, que llegó a entenderse como una especie de soberanía especial que desde 1968 quedó en entredicho pero sigue siendo aún modelo para universitarios. Desde entonces, empero, la palabra se empleaba en barrios y pueblos con otro sentido muy distinto, que anticipa el actual. El terremoto de 1985 en la ciudad de México dio lugar a un estallido de iniciativa popular que sorprendió a todos. En la búsqueda de palabras que pudieran aludir a la novedad social y política que había surgido, a ese sociomoto, la palabra *autonomía* se unió a una noción renovada de la *sociedad civil*² para aludir a una nueva semántica de la transformación social.

Mientras esto ocurría en la sociedad de abajo, en México y en otras partes, otra versión de autonomía empezó a circular en América Latina, la versión leninista que se adoptó en Nicaragua y otras partes. La ve como una forma específica del orden gubernamental, en que se descentraliza a las regiones autónomas el sistema de poderes verticales que definen la organización del Estado. (Díaz Polanco 1996). Aunque es una noción en bancarrota y en rigor representa lo contrario del empeño autonómico que

viene de abajo, sigue teniendo vigencia en las alturas, incluso en el nuevo equipo de gobierno en México.

La propuesta de autonomía que viene de los pueblos originarios y se extiende cada vez más busca recuperar facultades y competencias que se les arrebataron desde la Colonia para disponer libremente de sus propios espacios políticos y jurisdiccionales, en que puedan practicar su modo de vida y gobierno. Esta noción reformula la de libre determinación, para definirla como libertad y capacidad de determinarse libremente, en los espacios propios, y determinar con otros pueblos y culturas formas de comunión basadas en un diálogo intercultural que trascienda el totalitarismo del *logos* y el predominio de una cultura sobre las demás, así como un nuevo horizonte de inteligibilidad en un diseño político que ya no sería el del estado-nación. Esta noción de autonomía surgió de los pueblos originarios, pero puede aplicarse a otros pueblos o a grupos sociales o campesinos. Esto es, de hecho, lo que ha estado ocurriendo.

A los caminos que se transitan hoy con esta noción quiero referirme, a una recreación de la autonomía en la América Latina, impulsada por muy diversos grupos, que es la vez una utopía movilizadora y una forma organizativa que prefigura alternativas con imaginación política. Se ha producido una ruptura, en las ideas y en la realidad, que se distancia radicalmente no sólo de los aparatos estatales sino de la concepción misma del Estado, en la búsqueda y construcción de otros horizontes. Nos exige reconocer la novedad de prácticas que son en sí mismas teorías, las cuales tienen claras raíces en diversas tradiciones teóricas y prácticas pero no pueden reducirse a ellas.

La prefiguración autonómica abandona radicalmente la postura que cuelga del futuro iniciativas políticas y movilizaciones, en torno a diversas formas de la tierra prometida. Esta postura opera bajo el principio de separación de medios y fines, el cual ha resultado trágico para la izquierda: todo se vale, mientras se tengan altos ideales, y mientras tanto se convierte el presente en un porvenir siempre pospuesto. La fuerza utópica de la autonomía no está en una nueva formulación de la utopía sino en su arraigo en el presente, como lo que todavía no es pero ya está ahí. La prefiguración implica insertar en la lucha misma la forma del resultado que con ella se busca. La

autonomía, que es herramienta de prefiguración, trasciende todas las demarcaciones impuestas en la realidad social, aunque esté inmersa en ellas: no puede ser reducida a la lógica del poder y de la mentalidad patriarcal que la cubre.

La esperanza que así se construye no es fantasía o mero deseo, sino una dimensión escondida de la realidad que caracteriza claramente a los movimientos autonómicos en la América Latina. En el trágico momento actual, en medio de la incertidumbre generalizada y la desesperanza cada vez más extendida, la esperanza y la sorpresa aparecen como dos pilares fundamentales de los empeños de transformación. La esperanza sigue siendo la esencia de los movimientos populares (Lummis 1996). Reconocer la autonomía como una forma de aprender esperanza en la propia lucha la convierte en una poderosa linterna para iluminar la realidad actual. Aunque la lucha autonómica se ha desplegado en América Latina con mayor intensidad, creatividad y vigor que en otras partes, el arte de organizar la esperanza, que eso es la autonomía, define ya la lucha social del siglo XXI en el mundo entero.

El empeño autonómico abarca todas las esferas de la vida cotidiana para insertarse de otra manera en la vida social y política.

Dijo bien Eduardo Galeano: en estos tiempos de miedo global, quien no tiene miedo al hambre tiene miedo de comer. A pesar de que disponemos de todos los medios técnicos y económicos para que nadie padeciera hambre, mil millones de personas se van hoy a la cama con el estómago vacío; todos los demás estamos intoxicados por lo que contienen los alimentos que ofrece el mercado. Pero dice bien Vía Campesina: en estas circunstancias no podemos esperar que los gobiernos al servicio del capital modifiquen ese estado de cosas insostenible o que Monsanto, Walmart y otras grandes corporaciones, por una suerte de epifanía moral, empiecen a hacer lo contrario de lo que están haciendo. Por eso, dice Vía Campesina, necesitamos tomar el asunto en nuestras manos, definir por nosotros mismos lo que comemos...y producirlo. Y es lo que estamos haciendo. Pequeños campesinos, principalmente mujeres, alimentan hoy al 70% de la población del planeta, a pesar de que el agronegocio posee o controla más de la mitad de los recursos alimentarios del planeta. Y el cultivo urbano de alimentos se extiende ya por todas partes. Aunque con él se producen a veces tomates

reaccionarios, presos aún del individualismo y el patrón dominante, también se producen tomates revolucionarios, que son expresión de una nueva sociedad.

Se extienden por todas partes iniciativas que nos ayudan a sanar de la salud, combatiendo un sistema que nos enferma cada vez más. Abandonamos sus nociones tanto como sus prácticas, colgadas de una industria de la salud que conquistó todos los poderes: dicta las normas médicas, las aplica y castiga a quien lo las sigue. Las formas autónomas de sanar no son ya expresión marginal de una secta ni una huella del pasado, sino creaciones estrictamente contemporáneas del mundo nuevo.

El sistema educativo, que nació con afán patriarcal de control, no prepara a la gente para la vida y el trabajo, la encierra en un currículo cada vez más obsoleto y contribuye decisivamente a la desigualdad, bajo el impulso de la reforma educativa global que se impulsa en todas partes, al tiempo que se reducen los presupuestos de la educación pública a todos los niveles. Cunden así formas nuevas, que retoman antiguas tradiciones de aprendizaje, para aprender en libertad, con autonomía.

La política urbana ha sido un fracaso espectacular, devastador en sus consecuencias. Para resistir la inmensa destrucción que trae consigo, se renueva hoy un arte contemporáneo de habitar, basado en la lúcida y austera renuncia al sexo económico, el rechazo a la sentimentalidad y la apertura a la sorpresa (Illich 1982, 1992).

La lucha autonómica es también y sobre todo un camino abierto al gozo, el juego y el amor, tan gravemente afectados por el régimen dominante. A final de cuentas, el empeño de liberarnos de todas las formas de colonialidad en que hemos sido contruidos significa reivindicar seriamente el gozo, el juego y el amor. Significa denunciar con firmeza la hipertrofia cancerosa y la dominación del modo industrial de producción, como la última forma de idolatría, según sugería Iván Illich, y unir nuestros empeños para transformar el alud de violencia en una forma de reconstrucción convivial. (Illich 1978).

REFERENCIAS

Alloo, F., Antrobus, P., Berg, R., Emmerij, L., Escobar, A., Esteva, G., Magfuz, G., Moseley, S., Mumtaz, K., Mwapachu, J., Okello, D., Raghuram, S., Rice, A., Sachs, W., Sadik, N., and van Gennip, J. (2007) Upfront Reflections on 50 Years of Development. *Development* 50-5.

Bertell, Rosalie (2018) *Madre tierra o muerte*, Guadalajara: La Casa del Mago.

Díaz Polanco, H. (1996) La autonomía de los pueblos indios en el diálogo entre el EZLN y el gobierno federal. *Revista del Senado de la República*, 2, enero-marzo.

Dinerstein, A.C. (2015) *The Politics of Autonomy in Latin America: The Art of Organizing Hope in the Twenty First Century*, Houndmills, Palgrave Macmillan.

Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) (1996) *Crónicas Intergalácticas EZLN. Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo*, México, Planeta Tierra.

Lummis, D. (2002) *Democracia radical*, México, Siglo XXI Editores.

Illich, Iván (1974) *La sociedad desescolarizada*, México, Joaquín Mortiz, Planeta.

Illich, Iván (1978) *La convivencialidad*, México, Posada.

Illich, Iván (1990) *El género vernáculo*, México, Joaquín Mortiz.

Illich, Iván (1992) "Dwelling", *In the Mirror of the Past*, Nueva York, Marion Boyars, 1992, pp. 55-64

Jappe, Anselm (2011) *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*, Logroño, Pepitas de calabaza.

Lang, Mirian (2017) *¿Erradicar la pobreza o empobrecer las alternativas?* Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Sachs, W. (1992) *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, Londres, Zed Books.

Subcomandante Marcos (1996) Comunicado del 18 de mayo.

http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1996/1996_05_18_b.htm

Consultado el 5 de octubre de 2018.

Von Werlhof, C. (2010) *Teoría crítica del patriarcado*, Frankfurt, Peter Lang.

¹ Muy probablemente Lula es inocente del crimen por el que está en la cárcel. Pero no puede evitar su responsabilidad por la corrupción generalizada en su gobierno, incluso si no tomó parte en ella.

² El uso popular de la expresión, que a mediados de los ochenta se detectó en Polonia, Argentina y las Filipinas al mismo tiempo que en México, y su empleo especial por Carlos Monsiváis (1987:33) o en muchos comunicados del subcomandante Marcos, no basta para darle validez, pues se ha convertido claramente en una palabra amiba, sin denotación clara pero llena de connotaciones vagas e inexactas.